

MARION GARCÍA

Catedrática Asociada de Educación
Universidad de Puerto Rico

LA EVALUACIÓN DE LAS ACTITUDES

Ponencia presentada en el Seminario sobre Evaluación bajo los auspicios de la Oficina de Evaluación y Orientación de las Escuelas Elemental y Superior de la Universidad de Puerto Rico, el 14 de marzo de 1955.

Las actitudes constituyen un aspecto importantísimo de la conducta, con frecuencia ignorado o relevado a un puesto de menor importancia. Es cierto que su medición exige el empleo de técnicas y medidas indirectas, pero no por esto debemos desestimar la necesidad que tiene el educador de conocer las actitudes de sus alumnos y de proveer experiencias y oportunidades que permitan el desarrollo de aquellas que estén más en armonía con las exigencias de la vida social y que tiendan hacia el logro de un ajuste sano y efectivo.

Empezaremos señalando algunas de las prácticas y tendencias que caracterizan en gran parte las diversas tentativas de evaluar actitudes en nuestro panorama educativo. Es nuestra impresión que muchos de los adultos, tanto maestros como

padres, responsables de guiar la conducta de nuestros niños y adolescentes, bregan con las actitudes aproximadamente de la siguiente manera:

Son muy dados a categorizar las actitudes en dos dimensiones: deseables e indeseables. Al clasificarlas bajo estas dos categorías, utilizan una serie extensa de términos, tales como:

buenas — malas
positivas — negativas
optimistas — pesimistas
deseables — indeseables
objetivas — subjetivas

Alentados por la aparente facilidad que la categorización ofrece, se arriesgan a juzgar la conducta de niños y adolescentes atribuyendo a la intervención de actitudes, determinados efectos en situaciones específicas. Esto se desprende de los comentarios y juicios que aparecen en informes, historiales, entrevistas y estudios en donde se estilan afirmaciones como las siguientes:

Juan tiene una actitud indeseable hacia la escuela.

María tiene una actitud negativa hacia la maestra.

Pedro tiene una actitud optimista ante la vida.

La persona que lee o escucha comentarios como éstos aprende poco o tal vez nada sobre la naturaleza de la conducta del niño o adolescente aludido. Y decimos nada, porque los mismos no revelan información clara y precisa sobre cómo se desarrolló esa actitud; esto es, qué factores, experiencias y circunstancias de la vida de ese niño o adolescente han determinado una disposición emocional que lo lleva a reaccionar en dicha forma.

Tampoco especifican los comentarios qué muestras observables de la conducta del niño o adolescente se han utilizado como base para tales afirmaciones. Esto nos hace pensar en la posible intervención de las actitudes del que evalúa, ya que mu-

chos juicios a menudo están matizados por las actitudes preju-
gadas del que los hace.

Tampoco son estas evaluaciones lo suficientemente claras y completas para ofrecer pautas factibles de cómo cambiar la actitud llamada indeseable o negativa. Nótese que no estamos censurando el que se hable de actitudes buenas o malas, positivas o negativas. Más bien lo que cuestionamos es la utilidad de tales evaluaciones. Insistimos en que no hay estudio ni evaluaciones adecuadas de las actitudes cuando el maestro no busca en la conducta, las conversaciones, las aspiraciones y los trabajos de sus discípulos la función que las actitudes desempeñan, sus efectos en la conducta, los factores que determinan su desarrollo, etcétera. Trataremos ahora de ofrecer varias recomendaciones sobre qué cosas deben tenerse en cuenta en la evaluación de actitudes, si es que aspiramos a mejorar nuestra función valorativa a tono con el mejor conocimiento que tenemos de la naturaleza del niño y del adolescente, y siguiendo las prácticas recomendadas por aquellas autoridades en la materia. Por limitaciones de tiempo y de la naturaleza de este seminario, no vamos a hacer un examen minucioso de todas las investigaciones existentes ni de todas las técnicas desarrolladas. Sólo presentaremos aquellas sugerencias en torno de la evaluación de las actitudes que parezcan estar más en armonía con las realidades en que el maestro trabaja.

Primera sugerencia: El educador deberá aclararse a sí mismo el concepto de la actitud si es que se propone evaluar actitudes.

¿Qué son actitudes? Existen diversas interpretaciones, pero usemos como ejemplo la definición de Gordan W. Allport, quien nos dice que una actitud “es un estado o disposición neuromental que ejerce influencia directriz sobre las reacciones de un individuo hacia las situaciones y objetos que le rodean”.

Una actividad recomendable, a tono con esta primera sugerencia, sería consultar aquellas obras que discutan el concepto

de la actitud. Recomendamos *The Encyclopedia of Educational Research*, en que, bajo el tema *actitudes* (“*attitudes*”), aparece una magnífica síntesis de las investigaciones y consideraciones teóricas en torno del asunto.

Segunda sugerencia: Antes de proceder a la evaluación de las actitudes, conviene identificar y estudiar aquellos factores más significativos en su desarrollo.

¿Cómo se desarrollan las actitudes? Se dijo aquí, en ocasión en que la profesora Patria C. de Crespo discutía la evaluación del desarrollo emocional, que cuando el niño viene a la escuela por primera vez, ya ha vivido los 5 ó 6 años más significativos de su vida. En relación con nuestro tema, puede añadirse que el niño ha desarrollado actitudes que trae consigo a la escuela y las cuales el maestro tiene que afrontar. Entre las primeras consideraciones alrededor del desarrollo de las actitudes, el maestro debe reconocer la influencia de los padres. Sabemos que el ser humano nace en una extremada inmadurez y dependencia a un mundo de adultos que inicialmente forman sus padres y familiares. Éstos tienen aspiraciones, prejuicios, ideales, etcétera, los que matizan las actitudes adultas. El niño desde bien temprano encara estas actitudes adultas. Cuando se le dice a un niño, “esto es bueno o esto es malo”, o “juega con fulanito que es igual a ti”, o “te prohíbo que juegues con zutanito que no es igual a ti”, se le están transmitiendo actitudes que ya el adulto tiene en forma bastante fija y definitiva. Por eso podemos decir que muchas de las actitudes que el niño desarrolla o adquiere en sus primeros años representan una introyección de aquéllas más prominentes en sus padres. Es más, la mayoría de ellas el niño las encuentra ya determinadas y establecidas en el hogar. Y como el hogar y las relaciones con los padres son los ingredientes esenciales de la seguridad básica del niño, no debe sorprender que él, siendo tan inmaduro, adopte la manera de ser y de sentir de sus mentores y que así, sin darse cuenta o por mera imitación, copie muchas de las actitudes de sus padres. La naturaleza de las relaciones emo-

cionales con los padres puede dar margen a actitudes tanto deseables como indeseables.

Si es que los padres ejercen tanta influencia, cualquier esfuerzo por parte de los maestros por desarrollar actitudes que se consideran deseables deberá considerar esa realidad. Un mejor conocimiento de los padres y un mayor acercamiento entre la escuela y el hogar podrían dar resultados favorables en la mutua tarea de educar. Cuando no existe tal acercamiento y propósito comunes claros, hay mucho "tira y hala", y es el educando quien sufre las consecuencias, pues su inmadurez no le permite generalmente resistir la situación sin perjudicar su desarrollo emocional. Así es como surgen a menudo los problemas y, en consecuencia, actitudes desfavorables a un buen ajuste escolar.

Tercera sugerencia: Debe buscarse en el historial del desarrollo del niño aquellas experiencias que representan el comienzo de reacciones emocionales sanas o perjudiciales.

Si el desarrollo se desenvuelve normalmente y el niño recibe aceptación y estímulo, es muy probable que vaya formando una actitud de aceptación propia, de que es digno de ser querido, de que es tan bueno como los demás, de que puede hacer esto a aquello.

Tales reacciones emocionales a su vez determinarán en gran parte cómo el niño se siente y actúa en relación con los demás. Por otra parte, si el desarrollo se aparta de lo que sus padres aspiran o consideran normal, existe la probabilidad de que el niño desarrolle actitudes de desaprobación y rechazo propios, de que germinen sentimientos de inferioridad al niño pensar y sentir que no es igual a los demás. No sólo existe el peligro de que estas actitudes se agudicen, sino de que se afecte la seguridad básica, se pierda el entusiasmo y, consiguientemente, se tropiece el maestro con un alumno difícil de comprender y guiar. Debe recordarse que tal y como el alumno se ve a sí mismo determina en gran parte cómo ve a los demás;

si sus actitudes son de repudio y rechazo propio, difícilmente podrá ser cooperador y amigable en las diversas situaciones escolares. Es importantísimo percatarse de los factores ambientales y su influencia saludable o nociva en el ajuste personal del niño o del adolescente.

Cuarta sugerencia: El factor prestigio es en parte responsable de formación de actitudes, tanto favorables como desfavorables, y deberá considerarse eficazmente.

El niño y el adolescente se impresionan fácilmente con las actividades, opiniones y puntos de vista de aquellas personas que son para ellos significativas e importantes. Ya hemos hablado de la influencia de los padres sobre los hijos. También otros adultos y otros niños o adolescentes pueden cobrar prestigio especial en la vida de un alumno. Hay diversas formas de conseguir prestigio en un grupo y no siempre las ideas y actitudes adoptadas responden a las cualidades y normas aceptables por la sociedad, y en particular por la escuela. Entre los adultos fuera del círculo íntimo del hogar, que vienen a ser símbolo de prestigio, aparece con frecuencia el maestro. En la niñez el maestro sustituye a los padres como modelos. Ahora, no siempre los maestros son "modelos" de conducta. Ellos pueden demostrar que tienen actitudes indeseables o, por lo menos, que no corresponden a las que tratan de desarrollar en sus discípulos. Un ejemplo: Supongamos que el maestro quiere desarrollar una actitud cooperadora entre sus discípulos. (Así lo ha pensado: así aparece en su plan de trabajo, etcétera). Ya ha enumerado una serie de actividades encaminadas a lograr tal objetivo. Ahora, ¿podría lograrlo si en la escuela donde trabaja ha creado fama de autocrático e intolerante? Su prestigio no es halagador y por tanto su influencia se torna contraproducente y su tarea extremadamente difícil. Probablemente logre desarrollar en muchos de sus estudiantes actitudes negativas y una buena cantidad de conducta ambivalente. Por esto y por muchísimas otras consideraciones que no podemos mencionar hoy, debemos ejercer mucho tacto en la selección de

adultos con responsabilidades educativas. Hay que recordar que al seleccionarlos, los estamos colocando en posiciones de prestigio, poniéndolos de modelos. Éstos deben ser buenos modelos y no modelos malos o modelos a medias. Confiamos en que esta afirmación no provoque confusión. No estamos señalando que es necesario que haya padres perfectos, madres perfectas o maestros perfectos. Meramente apuntamos hacia la necesidad de un mayor índice de madurez emocional en aquellas personas que colocamos tan estratégicamente como mentores de la niñez.

✧
Quinta sugerencia: El impacto de una experiencia traumática repercute en la formación de actitudes y es conveniente conocer sus efectos indeseables.

El traumatismo puede ser físico o emocional, y ambos pueden envolver daño, lesión y choque; en consecuencia, sus efectos son a menudo peligrosos. Existe una serie de estudios que señalan la relación estrecha entre ciertas experiencias traumáticas y la formación de determinadas actitudes. Los datos recogidos indican que el impacto de la experiencia traumática es mayor cuando ocurre en la niñez o en la temprana adolescencia, cuando el que sufre la experiencia y la conmoción nerviosa no tiene la madurez requerida para hacer los ajustes necesarios. Un ejemplo que ilustra con claridad las actitudes que pueden surgir como consecuencia de una experiencia traumática en el caso del ateo. En muchos ateos se ha trazado la actitud antirreligiosa al traumatismo ocasionado por la pérdida súbita de uno de los padres o de ambos. La pena, el disgusto, el dolor y la confusión han sacudido todo su ser y no han podido afrontar la realidad de una manera ecuánime. Claro está que no todos los huérfanos son ateos ni todos los ateos, huérfanos. Existen grandes diferencias individuales en cuanto a la capacidad de ajuste. Lo importante es recordar que si la experiencia resulta traumática, el peligro de que surjan actitudes indeseables es mucho más inminente.

Sexta sugereñcia: El proceso del aprendizaje está íntimamente vinculado al ajuste total del individuo; por tanto, las actitudes, como parte integrante de la personalidad del educando, intervienen en dicho proceso.

El principio de aprestamiento, esto es, la disposición para aprender, no puede ponerse en vigor de manera adecuada sin que se conozca cómo intervienen las actitudes en el aprendizaje. ¡Cuántos de nosotros, que hemos llegado a un grado de mayor madurez intelectual, no somos capaces de reconocer, en nuestra particular afición o indiferencia a determinada tarea, actitudes cargadas de una marcada emoción! Recuerdo claramente cómo en nuestro primer año de maestra en la Escuela Superior de Mayagüez, tuvimos que luchar con los estudiantes en una clase de geometría. Para la mayoría de ellos, “las matemáticas son muy difíciles”, o “los números son para los hombres”, o “a mí la geometría no me entra”, etcétera. Todos estos comentarios se hacían desde el primer día de clase, lo que indica que representaban actitudes ya establecidas hacia la asignatura.

Si los fracasos que el alumno tiene que afrontar (y diríamos que algunos son necesarios y hasta provechosos), están rodeados de connotaciones puramente personales y emocionales, la experiencia académica del estudiante estará contribuyendo a la formación de nuevas actitudes desfavorables o negativas. Todo niño necesita saborear el éxito en una proporción que corresponda a sus potencialidades y habilidades. Por eso es que la orientación positiva del progreso escolar reconoce el valor del éxito al mismo tiempo que también reconoce la inevitabilidad de ciertos fracasos. Conviene entonces rodear al educando de un clima de aceptación de manera que puedan aceptar sus dificultades académicas y el señalamiento de sus errores sin pensar que se trata de una crítica personal o una manifestación de rechazo. Cuando no se prepara al educando para aceptar objetivamente y con un mínimo de ansiedad tanto sus éxitos como sus fracasos, las actitudes que surgen tienen también matices subjetivos y prejuizados. Veamos un ejemplo tomado del salón de clases:

Miguel trata de monopolizar la clase de historia y sus contestaciones limitan continuamente la participación de sus compañeros.

Sería fácil decir: "Miguel es superior a sus compañeros" o "Miguel manifiesta una actitud indeseable en la clase". En el primer comentario adjudicamos una superioridad que puede ser aparente, o genuina, o sintomática de sentimientos de inferioridad, o un esfuerzo por conseguir prestigio al sentirse socialmente aislado. Pero la afirmación, "Miguel es superior a sus compañeros", no nos dice nada de lo anteriormente dicho sobre Miguel. Cualesquiera que sean los factores y las actitudes que determinan su conducta, indudable es que no solamente se está perjudicando el aprendizaje de Miguel, sino también sus relaciones humanas y sus ajustes sociales y emocionales.

Pueden presentarse infinidad de ilustraciones que demuestran la intervención de las actitudes en el aprendizaje y en los ajustes. Dejamos a ustedes, maestros de niños y adolescentes, la tarea de observar, anotar y estudiar todas aquellas expresiones y modalidades de conducta que les permitan día tras día conocer mejor las actitudes de sus alumnos.

Séptima sugerencia: Un buen problema de evaluación exige el conocimiento y uso de técnicas a fin de seleccionar aquellas que estén más en armonía con la preparación, los intereses y las facilidades con que cuenta el personal disponible.

Al interesarnos en la evaluación de actitudes, afrontamos la tarea de escoger técnicas. Hay algunas que ya ustedes conocen y usan con eficacia; otras podrían fácilmente incorporarse a su actual repertorio; otras valdría la pena conocer aunque su uso se limita al especialista en medición y evaluación. El hecho de que existan técnicas tan variadas no libra al educador de la responsabilidad de adiestrarse en la observación cuidadosa y objetiva de la conducta. Diríamos que la observación es la técnica por excelencia a la disposición del maestro y la

base inicial de cualquier programa de evaluación de actitudes. Conjuntamente con la observación, vienen las anotaciones sistemáticas y las interpretaciones correspondientes. Gertrude Driscoll, en *How to Study the Behavior of Children*, sugiere formas de progresar en la aplicación de estas técnicas de observación e interpretación.

Para dar una idea, aunque superficial, de las técnicas que pueden utilizarse en la evaluación de actitudes, dentro y fuera del aula, mencionaremos algunas de las más conocidas. Tenemos en primer lugar *la escala de opinión*, que es muy popular, debida principalmente a la creencia de que las actitudes de una persona se reflejan en sus opiniones. Thurstone recomienda el uso de la escala de opinión en el estudio de actitudes estereotipadas y, con sus colaboradores, preparó varias escalas para medir actitudes hacia los alemanes, las iglesias, los comunistas, la limitación de la prole, etcétera. También introdujo el método de “intervalos aparentemente iguales” en la preparación de escalas de opinión; es decir, que el espacio o la distancia entre los distintos pasos de la escala son más o menos iguales.

En su *Study of Values*, Allport y Vernon, sin mencionarlo, evalúan actitudes en una serie de situaciones religiosas, económicas, sociales, estéticas, políticas y teóricas.

El Instituto Americano de Opinión Pública continuamente realiza estudios, los llamados “opinion polls”, donde se evalúan actitudes manifiestas al votar en favor o en contra de determinadas personas, proyectos, ideas, etcétera.

La *Escala de Distancia Social* de Bogardus es tal vez uno de los primeros instrumentos diseñados para la evaluación de actitudes. Se pide al sujeto que especifique el grado de aceptación que daría a cierta clase o tipo de persona a base de la siguiente escala:

1. Se casaría con ella.
2. La tendría como amigo.
3. Trabajaría con ella en la misma oficina.
4. La tendría en su vecindario.

5. La tendría viviendo en otro vecindario.
6. La tendría viviendo fuera del país.

Otros estudios de actitudes, parecidos al de Bogardus, presentan situaciones específicas, tales como: Si entra un chino a la biblioteca y se le sienta al lado,

1. se levantaría para cambiar de mesa.
2. seguirá leyendo como si nada hubiera pasado.
3. iría a quejarme al bibliotecario.
4. abandonaría la biblioteca inmediatamente.

Las *técnicas proyectivas* están recibiendo mayor uso y aceptación en el estudio de actitudes. Fromme utilizó una serie de cuadros capaces de producir historias representativas de actitudes. Por ejemplo, un cuadro donde aparece un soldado provocó una fantasía alrededor de actos heroicos en un sujeto, mientras que otro sujeto desarrolló una historia que reflejaba los horrores de la guerra. Véase cómo se manifiestan dos distintas actitudes ante el mismo estímulo visual.

Moreno, al elaborar las técnicas del psicodrama y la caracterización de papeles ("Role playing"), probó la efectividad de las mismas no sólo en la identificación de actitudes, sino en su modificación. Se ha informado, por ejemplo, de sus logros con la segunda técnica al cambiar la actitud autocrática de un maestro en una actitud democrática.

El conocido *Inventario de intereses* de Strong representa otro instrumento que con frecuencia se utiliza en la orientación educativa, pues permite comparar el patrón de intereses del alumno con los intereses característicos de buenos abogados, ingenieros, contables, etcétera. Tal función predictiva tiene relación con la permanencia de cierto intereses y actitudes.

Como puede verse, son muchas las técnicas disponibles para evaluar las actitudes. Meramente hemos mencionado algunas.